RESETEAR el AÑO

Una novela sobre los márgenes de lo real y el peso de lo que no podemos elegir.

Carolina Pezzente

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Resetear el año

La chica alza la vista del celular hacia mí. Abre la boca como para decir algo otra vez. No dice nada. Baja la vista.

Suspiro. Vuelvo a sacar el celular de la mochila: son las 23:40 y tengo 3% de batería. Me miro a mí misma reflejada en el vidrio del interior de la parada de taxis: estoy sentada en una silla contra la pared, vestida con una blusa blanca con estrellas doradas y volados, un *jean* y zapatillas azules. Mi pelo castaño está atado en una coleta. Me cuelga un medallón del cuello. Al lado mío está Alana, la chica pelirroja con rulos. Lleva pantalón de gimnasia bordó y una remera naranja que dice "My lob is to kill Daemons", junto con un dibujo tipo caricatura de un diablillo. Está sentada de espaldas al vidrio, usando el celular. Tiene cara de concentrada. No la conozco, pero algo me dice que la vi antes.

Hay una mesa con una radio que reproduce música muy baja. En este momento (creo que) estoy escuchando rock pesado y a una chica cantar algo en inglés como que había crecido y notó que había estado viviendo en... nosequé[1]. No estoy tan segura porque el granizo parece tapar la canción.

Pienso en que voy a llegar tarde a la fiesta de Año Nuevo y me acomodo en la silla de los nervios.

—¿Y a qué te dedicás, Alana? —intento hacerle una pregunta por enésima vez, esperando poder conversar.

Mira para un costado.

—A... limpiar.

—Mirá vos.

El granizo golpea contra el techo: *tac-tac-tac-tac-tac...*

—¿Y te gusta?

—Ehhhh —Parece intentar procesar la pregunta—, sí.

Tac-tac-tac-tac-tac-tac...

—¿Vos, Iris?

Creo que es la primera vez que pregunta por mí. Bajo la mirada.

—Creo y publico contenido en un blog. Me pagan por eso.

No mostró asombro, pero sí cierto interés.

—¿Y para quién trabajás?

—Para la Iglesia.

Pasa un auto afuera. Miro por el vidrio. Es un taxi, pero no para. Escucho el ruido de mi compañera cada vez que toca con el dedo la pantalla.

Vuelvo la mirada hacia ella.

—¿Puedo saber qué estás haciendo?

Vuelve a hacer el gesto de queja. Sigue mirando la pantalla.

—Estoy jugando al Buscaminas.

—¿Y cómo se juega a eso?

—A ver... —Suspira— Hay un tablero. Tiene minas escondidas. Tu trabajo es despejar el tablero y marcar *todas* esas minas con

[1] Se refiere a Father Said, de Red Handed Denial.

banderitas. Lo más rápido que puedas. Si abrís una mina, *boom*, perdiste. Es un juego de *lógica*. Ya está. ¿Algo más?

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Tarda mucho despejar un tablero?

—Depende quién y del nivel del tablero. A mí en nivel intermedio me toma menos de cinco minutos.

Baja la mirada al celular.

Tac-tac-tac-tac-tac...

Vuelve a sonar la voz de la cantante. Ahora parece que un padre le dice que quiere hablar con ella y ella no va a saber contestarle. La radio se corta y solo sale ruido blanco.

Alana me mira. Abre la boca para hablar. Se arrepiente. Vuelve al celular.

Tac-tac-tac-tac-tac...

Me fijo la hora: 23:45, 2%. Bufo y apoyo mi pera sobre mi brazo con resignación. Miro la calle. Miro al piso. Miro la patente de un auto estacionado en la calle: BG 502 ER. Miro las gotas de lluvia bajando por el vidrio. Miro a mi compañera.

El *tac-tac-tac* del granizo parece sincronizarse con los toques de su dedo en la pantalla. Es un ritmo frenético. ¿Y si te equivocás? ¿Y si no lográs distinguir la mina de una casilla vacía? Me toco el medallón de San Benito que tengo colgado y jugueteo con él unos segundos. Lo suelto.

—¿Qué pasa cuando perdés? —le hablo mientras miro a un punto x.

—Vuelvo a empezar —Lo dice como si fuera obvio. Lo es—. O empiezo un nuevo tablero.

Me enderezo en la silla. No sé por qué hice una pregunta con una respuesta tan estúpida. Es demasiado simple. Demasiado honesta.

—A veces me gusta pensar que la vida es un juego de Buscaminas. Al final, siempre hay un nuevo tablero. —murmuro en voz baja sin darme cuenta.

Noto que Alana me escuchó cuando la veo con los ojos fijos en mí. Su expresión es de preocupación. Nuevamente abre la boca pero no sale nada. Vuelve la mirada al celular, esta vez con la luz dejando una sombra en su cara. Y ahora es a ella a la que “escucho pensar”:

¿Cómo puedo explicarle?

—¿Explicar qué?

—Este, explicar que... —se sobresalta—Explicar a mi... mamá que no sé si... voy a llegar a tiempo.

Entrecierro los ojos.

—¿A tu *mamá*? ¿Y cómo le explicarías desde *acá*?

—Emmm...

—Si no hay WiFi y están arreglando la red de datos móviles.

—¡Cuando llegue! Cuando llegue, le voy a tener que explicar por qué.

—Sí, sí, sí. Vamos, no me mientas. Estabas hablando de mí. ¿Qué es lo que tanto me tenés que decir?

—A lo mejor... A lo mejor tengo un chip de otra empresa, uno con el que sí funcionan los datos, no sé. Uno viejo.

—¿Qué es lo que tanto me tenés que decir?

—¡Bueno, está bien! Es que... Estás...

Espero. *Tac-tac-tac-tac-tac.*

—No, no puedo. No te preocupes, ya lo vas a entender.

Regresa al celular. Es su mirada, había un brillo de determinación que no estaba antes.

—Pero...

—NO me distraigas. Esto es importante.

—¿El juego de Buscaminas es importante?

—¡SÍ! —se irrita—No molestes.

Sigue con el juego.

Vuelvo a apoyar la pera sobre la mano y apoyar el brazo sobre el codo. El medallón de San Benito se enfría contra mi piel. Sigo mirando el auto estacionado. Es un coche común, viejo, blanco. ¿Estará esperando a alguien? ¿Lo habrán abandonado? Me estremezco al pensar que la parada de taxis y el coche son los únicos testigos del tiempo que avanza sin piedad.

Un segundo...

Vuelvo a mirar la patente:

“FIN 000”

Qué carajo... No, debe ser que el auto que está ahora no es el de antes. Ni siquiera te fijaste cómo era.

—¿Ese no es el mismo auto de antes, no? —Lo señalo.

Hace gesto medio forzado de apretar y bajar la mano en señal de derrota. Mientras, escucho pasar otro auto. Levanta la vista. Duda unos segundos.

—No, no es el mismo.

Baja la vista.

Vuelvo a verificar a ver si el auto que pasó sigue ahí. No.

Revoleo los ojos. Miro al techo. Miro el piso de la vereda y la zanja, todos llenos de basura llevada por el agua o el viento. Miro el vidrio. Huelo mi propio sudor y recuerdo el Año Nuevo que me fui de campamento con un grupo de misioneros y no me bañé. Miro un graffiti que está en la calle de enfrente que dice “Feliz 5052...”

Esperá, ¿qué? ¿Cinco mil cincuenta y dos? ¿Es una broma? ¿Una secta? ¿Una nueva forma de escapismo temporal? Me olvido del sudor, del cansancio y de todo lo demás. Me quedo clavada en esa cifra absurda, sintiendo un escalofrío. Ese no es el año real. ¿De dónde salió el 5052? Me pregunto si el que lo escribió estaba drogado o si simplemente es un viajero del tiempo que dejó un mensaje de felicitación para un futuro que no voy a ver. El absurdo es tan grande que, por primera vez en el día, esbozo una pequeña sonrisa. Capaz el secreto para resetear el año no es hacer un balance, sino simplemente adelantarse tres mil años y empezar de nuevo.

La sonrisa se desdibuja cuando me llega a la memoria el hecho de que tengo que llegar a la fiesta y ni me fijé la hora. Me acomodo en la silla. Saco el celular: 23:49, 1%. Uffffff, esto va a ser...

Me miro en el reflejo del vidrio otra vez. Comienzo a imaginarme un comentario: *¿Por qué viniste vestida así? Todo el mundo está yendo con ropa formal y vos con jean y zapatillas. Para qué mierda me pasé la vida tratando de que esta chica sea femenina y no se vista como gorda. Es una rebelde*. Me encojo en la silla. Luego siento cómo me cae la blusa y la comodidad del *jean* y por un momento se me pasa. Hubo un año nuevo que fue la fiesta de graduación del colegio y fui con un vestido lindo pero muy incómodo y con unas plataformas muy altas por las que tropecé antes de salir. Todo porque quería cumplir con las expectativas. Como siempre. Me encojo más que antes.

El *tac-tac-tac* me saca de mis pensamientos. Alana sigue con lo suyo. Me parece que la barra en su remera de carga está menos cargada que antes, pero no estoy segura. Alza la vista.

—¿Sabés una cosa? —dice finalmente Alana.

—¿Qué?

—Realmente necesito decirte algo, pero no sé cómo.

—¿Vos? ¿Por qué? Si no nos conocemos.

—Nos conocemos. Lo que pasa es que nunca nos... vimos.

—No.

—Sí. No *acá*, pero sí.

—¿Dónde, entonces?

—Pará...

Vuelve a ocuparse con el dichoso celular. Mientras tanto, vuelvo a escuchar pasar un auto. *Taxi. A ver, a ver... No, no para. Puta madre, así vamos a llegar mañana. Literalmente*.

—Te decía: nos vimos en... —Pone una mirada meditativa—otro mundo.

—¿Hay *otro* mundo? —pregunto levantando las cejas. *¿Qué se habrá tomado esta mujer?*

—Sí. Es cuestión de pensar un poco más allá nada más. Hay cosas más allá de lo que per...

ERROR[2]*. Reintentando...*

—¿Hay *otro* mundo? —pregunto levantando las cejas. ¿Qué se habrá tomado esta mujer?

—No importa. —La cara de resignación me da una impresión de seriedad que seguramente no tenía el Buscaminas.

---

[2] ERROR: Una conexión existente fue cerrada forzosamente por la usuaria. Está rehusando la carga de escenario. Esto no es un fallo del sistema, es una elección.
~$ sudo sim reconnect --force- overwrite
Reiniciando Parámetros de Interacción…
Desactivando Detección de Metaconciencia…
Intentando Carga de Escenario: 'Fiesta de Año Nuevo a Tiempo'…

—Sí importa. Todo importa, Alana. Especialmente ahora, que voy a llegar tarde y estoy con una desconocida que me habla de mundos alternativos y juega al Buscaminas como si estuviera desactivando una bomba nuclear. —Mi voz es un murmullo agrio. Me doy cuenta de lo absurdo de mi propia queja.

—Es que... —empieza a hablar, y de repente veo un destello de inspiración en sus ojos. —Digamos que estoy desactivando una bomba. No exactamente. Pero algo así.

Alzo las cejas, incrédula. Me quedo.

Si esto fuera un cuento de suspenso, creo que sería el peor que hubiera leído. Dos chicas se encuentran en una parada de taxis y una dice que está desactivando una bomba ¡mientras juega a un jueguito! ¿Qué clase de sentido tiene eso? ¿Qué es, una agente de la CIA?

—Dije “No exactamente.”

—¿Y qué sería “exactamente”? —insisto.

—No te puedo decir.

—¿Por qué?

Suelta el aire de golpe:

—¡Porque vos no lo a...! —Se detiene—Porque no me dejan.

—¿"No te dejan"? ¿Quiénes? ¿Las reglas del Buscaminas? —Me río. Me inclino hacia adelante, tratando de ver la pantalla de su celular, pero ella lo aleja con un movimiento rápido. El tac-tac-tac de su dedo sigue, obstinado.

—Algo así. Las reglas de... del juego. El tablero. Es una metáfora. Ay, no sé... Estoy haciendo algo importante para no tener que explicarte esto, no me distraigas.

—¿Para no tener que explicarme? A ver, Alana, creo que tenemos 10 minutos todavía antes de que den las doce, la batería de mi celular muera y me quedé acá con una agente secreta que juega con explosivos digitales. Si es tan importante, intentá. Ya me fijo...

Saco el celular. La pantalla se prende por cinco segundos, mostrando que son las 23:51. Después se apaga.

—Sí, más o menos diez minutos. Intentá.

—Hay una única cosa que creo que te puedo decir.

—¿Qué?

—Que el nuevo... tablero seguramente no va a venir. No esta vez.

Tac-tac-tac-tac-tac... Dejo que el comentario caiga, como el granizo. No lo entiendo. ¿Debería entenderlo? Se me eriza el vello de la piel. ¿No estará queriendo decir...? No, no puede ser.

—¿A qué te estás refiriendo? ¿Que este es el último año? ¿Cómo sabés eso?

—No puedo decirte por qué lo sé, pero sé que no hay un nuevo tablero.

—¿No era que si perdías empezabas de nuevo?

—En el juego. No *acá*.

Mis ojos van hacia un punto muerto frente mío. Acá. ¿En este mundo?

Miro para arriba. Siento el metal del medallón en la piel.

—¿No dijiste que había otro mundo?

—Sí. Pero de los dos mundos que conozco, creo que ninguno es eterno.

—¿Y cuál es el otro mundo?

—La...

ERROR[3]. Reintentando...

—¿Y cuál es el otro mundo?

—Dejá. No me distraigas. Casi lo tengo. Solo falta la última...

—¿La última mina? —Me sonrío.

Dudó.

—Sí.

Me resigno, me recuesto en la silla y bostezo. Mi cuerpo pesa sobre la silla. Estoy a punto de quedarme dormida cuando vuelvo a ver la patente del auto blanco:

"MAT 716." Hay una mancha blanca en la parte inferior derecha del 7 blanco.

Estoy segura de que es el mismo auto. Me pellizco. Me refriego los ojos. No me despierto. No me lo creo.

Entonces, en el lugar donde miro aparece una pareja que va caminando por la calle. Se dan vuelta para sacarse una *selfie* y...

No tienen cara.

Me quedo con la boca algo abierta mientras creo que me hundo en la silla por una fracción de segundo. Me reincorporo. Toco la pierna de Alana con un dedo para que preste atención y señalo con la pera de la manera más sutil que puedo, a ver si me estoy volviendo loca o ella también lo ve. Levanta la cabeza, sigue mi mirada, abre los ojos y niega con la cabeza:

—Esto no da para más. Cada vez está peor.

—¿Qué cosa va peor?

—No pued-

—Otra vez no lo podés decir. —Pongo los ojos en blanco—¿Lo ves o no lo ves?

—Sí, lo veo.

—Rarísimo, ¿no?

—A este punto no es raro.

—¿Cómo que no es raro? ¡Una pareja sacándose una *selfie sin cara*! ¡Parece sacado de una leyenda urbana! ¿Me estás cargando?

—Dejame seguir con lo mío, por favor.

—Bueeeno, está bien, seguí desarmando bombitas o poniendo banderitas —Mi tono desborda sarcasmo—. Acaba de pasar algo que

---

[3] ERROR: Una conexión existente fue cerrada forzosamente por la usuaria. Está rehusando la carga de escenario. Esto no es un fallo del sistema, es una elección.
~$ sudo sim reconnect --force- overwrite
Reiniciando Parámetros de Interacción…
Desactivando Detección de Metaconciencia…
Intentando Carga de Escenario: 'Fiesta de Año Nuevo a Tiempo'…

parece paranormal o no sé y decís que no es raro. No te entiendo. Pero dale, seguí.

Escucho pasar un auto. Verifico. Alana sigue con su jueguito. El taxi sigue de largo. Hago gesto de “ya fue” y me cruzo de brazos sobre la silla. Ya va a llegar el día en que me vaya a clases de manejo y no tenga que esperar tanto tiempo. Alana apreta el puño en señal de “gané”.

A todo esto, me pregunto qué hora es. Supongo que, si Alana acaba de ganar un tablero, deben haber pasado unos cinco minutos, así que serían como las... once menos cinco. Se me ocurre observar cómo juega antes de pedirle la hora, y de paso me saco de la cabeza la imagen de Slenderman por mi experiencia anterior. Veo cómo ella tipea en el celular, concentrada en descifrar algún extraño código minero para desactivar bombas...

Está *tipeando*. ¿Siempre estuvo *tipeando*? ¿Así se ve cuando alguien juega al Buscaminas?

Miro el reflejo de la pantalla en el vidrio. Puro texto.

Claro, qué boluda que soy. Con todo lo que oculta, cómo no me imaginé.

Pero justo en el momento en que quiero confrontarla a ver qué estaba haciendo, levanta el celular y se pone a festejar en voz muy alta:

—¡Sí, lo hice! ¡Al fin! ¡Superé la resistencia! ¡Ahora va a entender todo!

Una persona que pasa caminando se gira hacia nosotras con cara de fastidio al escuchar a Alana. Ella se pone roja y se calla. Cuando se va, ella se vuelve hacia mí y dice:

—Leé eso. Es muy importante.

Una ventana flotante negra aparece cerca de mi cara en la que va apareciendo texto rojo, letra por letra. Yo me quedo paralizada un segundo, sin entender absolutamente nada: ni la tecnología, ni la celebración de Alana, ni qué trata de lograr. Cuando me recupero del asombro, leo:

“Iris, estás en una simulación. Sé que suena tirado de los pelos, pero es la verdad. Soy tu amiga inseparable del mundo real, y mi trabajo es asegurar que esta simulación funcione.

Estás en coma profundo hace casi tres meses por un accidente de tránsito. Programaron este mundo digital (basado en tus recuerdos y deseos) para mantener tu mente activa mientras tu cuerpo físico sana. Los doctores ven mejoría, pero tu conciencia se resiste a volver al cuerpo físico, tan inmersa en esta realidad alternativa. Sos la usuaria. El personaje principal. El programa está a tu alrededor, Iris. Siempre lo estuvo. Y como usuaria tu mente se está negando a aceptar todo esto.

Sin embargo, hay fallos en el sistema: déjà vus frecuentes, gente que desaparece, errores lógicos. Estos fallos aumentan por mi interferencia y temo un colapso del sistema (quizás cerca de "empezar el año"), lo que impediría recuperar tu conciencia. Por eso necesito que empieces a cuestionar todo. Es la única forma de que la conexión sea lo suficientemente fuerte para que despiertes."

Termino y me paro a procesar lo que acabo de leer, temblando. El mundo me da vueltas. No entiendo nada. ¿Qué es esto? ¿Es real? ¿Estoy soñando? ¿Estoy teniendo un brote psicótico? ¿Me drogaron? ¿Ella cree lo que dice o me está tratando de engañar? ¿Me mintieron toda mi vida con catequesis, como sospechaba? ¿Me voy a morir? ¿Me estoy muriendo? ¿Cuántos de mis recuerdos serían parte de la simulación y cuántos no? ¿Qué hago ahora?

—¿Cómo es... posible... —trato de decir— que seamos amigas y no... nos conozcamos?

[—Es parte de tu resistencia. El sistema está diseñado para mantenerte en tensión cero y que no sientas dolor. Yo me uní al equipo luego de que lo diseñaran sin saber eso, y luego me enteré de que, para mantener la estabilidad, el sistema me borró de tu memoria. Además, en realidad soy un avatar de la Alana real que tiene los conocimientos mínimos sobre tu y mi memoria para poder interactuar con vos.]

—A ver... —trato de pensar. ¿Cómo puedo ponerla a prueba? ¿Puedo pedirle que me diga algo íntimo mío a ver si lo sabe, como mi mayor miedo? A lo mejor... Y ahí es cuando me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Si se supone que todas mis memorias sobre ella fueron borradas, no puedo ni corroborar ni refutar que tenga razón. Si no encuentro ningún recuerdo de amistad, ella va a decir que fue borrado y no tengo forma de contrastarlo.

Lo único que puedo hacer es intentar descifrar si ella lo cree y es coherente para ella. Así que hago preguntas:

—¿De dónde salió esa... cosa? —balbuceo y apunto como puedo a la ventana flotante, cuyo brillo ilumina nuestras caras de forma fantasmal. Hago lo mejor que puedo por buscar cualquier gesto que indique duda o mentira, aunque no sé si puedo identificarlo.

—Encontré una vulnerabilidad para evitar la resistencia y lo inserté en la simulación. Ahora es parte de tu interface.

—¿Mi... mi mamá, mis amigas...? —Mi voz se quiebra. —¿Eso es todo... mentira?

—No todo. La mayoría de tus recuerdos son reales. Son tuyos. Eso usó el sistema para construir esto. Pero estos últimos tres meses son digitales.

—Las... patentes... ¿cambiaban por error?

—Por error y porque yo estaba buscando la manera encubierta de decirte lo que estaba pasando. Por eso una decía “FIN 000”.

Mientras que lo decía, yo miraba fijo la patente del auto blanco, que ahora leía “NULL ERR”.

—Entonces... lo del Buscaminas...

—Era una clave. No estaba jugando, estaba escribiendo código y comandos. ¿Entendiste?

Hago que sí con la cabeza. Alana parece contestar con mucha convicción y con los ojos muy abiertos y vidriosos, como si asomara un miedo muy profundo por lo que va a pasar. Tampoco tengo mucho conocimiento en interfaces y vulnerabilidades informáticas para saber si tiene sentido.

—¿Qué recordás de mí?

Y, por primera vez, Alana parece sacarse esa fachada de seguridad y conocimiento técnico. Respira hondo, como si tuviera que empujar un peso muy grande. Comienza despacio:

—Una vez fuimos a la plaza. Me contaste, con ese temblor en la voz que todavía me suena, que tu mamá te había dicho que eras tan, pero tan inútil —Apreta los puños con una fuerza que le blanquea los nudillos, sus ojos se ponen más vidriosos, luchando por contener las lágrimas que amenazan con desbordarse. —Que ibas a terminar matándote por inmadura y que, por eso, por ser una carga, por fallar a sus expectativas, ibas a merecerte terminar en el infierno. Un infierno, no como metáfora, sino el de verdad. Te preocupaba la forma en que te hacían sentir en tu casa, ese ambiente. Y hasta ese momento... —Se traba, el aliento se le corta en la garganta. Inhala de golpe, un jadeo angustiado que rompe el silencio— Hasta ese momento yo te venía diciendo, con esa estupidez de la inexperiencia y de estar metida en un quilombo un poco menos quilombo que el tuyo —El ritmo al que habla se precipita—, "Pero es normal, nena, a mí también me tienen literalmente con un programa de GPS", a mí también me tratan como si fuera una extensión de su voluntad y no una persona. Yo pensaba, de verdad pensaba, "Si todos los padres deben tener esas expectativas enfermizas sobre cómo vestirte, a qué hora volver, qué te tenés que tragar o cómo deberías comportarte para mantener a la familia *segura* o *presentable*". Creía que esa presión era el precio de tener padres, ¿entendés? Pero cuando me explicaste que no te dijo "te voy a matar" como dicen tantos cuando quieren ser un poco dramáticos, cuando entendí que era *literal*, que no era solo la frustración de una madre, sino una sentencia que esperaba la condenación eterna... cuando entendí, por muy buenas intenciones que ella tuviera con el comentario, que la inutilidad y tu supuesta inmadurez era su justificación para el maltrato, que la palabra infierno había salido de su boca con una frialdad espeluznante y vos contabas que te quedaste rígida y no sabías qué responder... Eso me hizo... No te imaginás la rabia que sentí. Rabia de que te traten así, de que te anulen de esa manera. Y que encima... —Se sorbe los mocos ruidosamente— Que encima cuando me lo contaste te lo creyeras. Que interiorizaras que te lo merecías, que esa miseria y esa condena eran justas por... —Su voz se proyecta en la siguiente frase, aunque quebrada— no ser el maniquí perfecto que ellos querían para adornar su fachada. Me destrozó cómo esa creencia te había carcomido por dentro. Te abracé y te dije como mejor me salió: "Creo no es verdad lo que te dijo. Quiero creer que quiso advertirte, pero no sé cómo a alguien se le puede ocurrir decirle a alguien algo así, de esa manera. ¿Qué carajo? Aparte, ¿qué tenés que hacer para ser 'madura' para ellos? ¿Convertirte en la sombra de ellos?" Me dijiste, de repente: "Me da miedo el color azul". No sé qué significaba eso, pero... sentí que eso era que tenías miedo de vivir una vida que no querías por seguirlos a ellos. Y yo ya no quiero esa vida para mí y tampoco la quiero para vos,

¿entendés? Eso es lo primero que me acuerdo. Quiero que seamos libres. Ser reales. ¿Vos no querés lo mismo?

No puede hablar más. Me acerco para dejar a Alana llorar en mi hombro, y paso una mano por su cabeza hundida, medio consolándola y medio tratando de comprender. Termino de escuchar respirando por la boca, sintiendo que algo de lo que estaba contando (particularmente lo de la inutilidad) es horriblemente familiar y sin embargo yo no recuerdo nada de eso. ¿Lo dije? No sé. Pero ella lo cree. Tengo un hueco en el estómago de solo escucharlo.

Miro al suelo por encima del hombro de Alana. Toco la remera cálida con la mano del lado en que la abrazo. Tiembla. Esto parece demasiado... auténtico. Pero, si esto es una alucinación ¿cómo puedo confiar en mis sentidos? ¿Puede ser que esto también sea simulado? Ella dice ser real, pero se supone que lo que veo es una versión de ella.

No. Admitilo. Que si estás teniendo un brote psicótico y un psiquiatra tal vez no sabe identificarlo, o que si la falsabilidad, o que si ella es un programa, o que si te está manipulando el sistema con empatía... Eso es lo de menos. El problema es ¿vas a querer despertarte *de un coma* en una realidad donde se supone que internalizaste toda esa inutilidad y ese "infierno"? Y eso en el mejor de los casos.

Tal vez no puedo saber qué es real. Pero sí puedo elegir el dolor.

Alana levanta la cabeza, se seca las lágrimas y me mira, esperando.

—Aprecio mucho que me hayas contado... Y... Que quieras lo mejor para mí. Pero... No sé... —Me sale un hilo de voz. Trago pesado. En realidad algo de lo que acababa de decir y pensar no sonaba como yo, pero seguí igual— Perdón... No estoy segura de querer despertar.

La cara de Alana se transforma en una de desilusión y frustración total. Me parece de que me va a mandar a la mierda en cualquier momento. Abre la boca, pero la interrumpo como puedo:

—Perdón por haberme burlado de vos. Perdón por no querer seguirte y no creerte. Y... gracias por haberte preocupado tanto por mí.

Me levanto y le doy un abrazo. Por unos segundos siento que se mantiene quieta, como si no lo hubiera visto venir. Luego levanta los brazos y devuelve. Se relaja un poco. O tal vez se resigna, no sé.

Nos quedamos así hasta que escucho parar un auto. Me fijo. Es un taxi.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—Yo no tengo que ir a ningún lado acá, en realidad. Decidí vos. —lo dice suspirando— Solo te digo que a las doce voy a regresar al mundo real.

—No... hay problema. ¿Podemos... —empiezo a decir mientras pienso en la cantidad de fines de año en los que estaba sentada en la mesa familiar. La imagen me golpea: el calor sofocante, el ruido de los cubiertos, la oración, las copas de sidra, y esa sensación de encierro, esa angustia sutil de no saber de qué hablar. Las mismas preguntas repetidas, las mismas promesas vacías, el mismo balance forzado de un año que se sentía incompleto incluso antes de terminar. Era la

obligación de la alegría. Vuelvo y noto que ya no se escucha la lluvia ni el granizo. —¿Podemos quedarnos un rato más acá? ¿Y salimos a ver los fuegos artificiales juntas?

—Bueno. Pero yo no voy a llegar a verlos. Miralos vos. Aparte, no creo que los veamos desde acá.

—¿Qué hora es?

—Falta un minuto.

Nos paramos, abrimos la puerta y caminamos un poco hasta ver el cielo negro. No hay estrellas, está vacío.

Bajo la vista al suelo. El reflejo de los charcos de agua parece temblar. Veo el graffiti de "Feliz 5052" y ya nada me sorprende. Todavía tengo la mezcla de miedo, desconfianza, cariño, esperanza, expectativa, tristeza, culpa, no sé, pero no lo siento en mi cara. Estoy tan conflictuada que no siento nada.

Escucho muy a lo lejos a gente gritar los números de la cuenta regresiva:

¡Diez!

¡Nueve!

Miro al cielo. Intento abrazar a Alana con un brazo. En eso, me doy cuenta de que sus pies se están desvaneciendo.

—Adiós. —susurro.

¡Cuatro!

¡Tres!

¡Dos!

¡Uno!

¡Feliz Año Nuevo!

Veo subir el primer fuego artificial. Es del de un azul violáceo. Las chispas se esparcen después de la explosión. Sonrío. Vivirlo, como sea.

Alana ya se fue. Mi cara cambia cuando la luz de los fuegos parece dividirse, dejando un lado rojo y un lado azul-celeste. Se separan, como si el mundo se estuviera desgarrando. Se difuminan hacia ambos lados, y todo a mi alrededor se empieza a ver así, dividido y distorsionado. La vista se me ondula y creo que voy a vomitar.

Error: código de fallo 808. Inconsistencia en el parámetro "Voluntad" de la usuaria. Datos inesperados detectados. Conciencia estable pero no reseteada. Activando protocolo: repetición desde Punto de control 1...